

¿Izquierda/Derecha, Norte/Sur?

Luis Capilla

Miembro del Instituto E. Mounier.

1. La falsa síntesis izquierda/derecha

Tiene más enjundia de la que parece aquello de «¡bamos a ganar la izquierda pero hemos ganado la derecha». En la confrontación entre izquierda/derecha, el avance del centro derecha y del centro izquierda está indicando la transformación que ha sufrido nuestra sociedad: el centro es el lugar donde se produce la «confusión» entre derecha e izquierda, y es esa misma confusión la que está ocultando la diferencia entre ambas, falsa y peligrosa posición que —defendida por Sternhell en su libro «Ni Derecha ni Izquierda: la Ideología Fascista en Francia»— mantiene la síntesis de las dos ideologías (izquierda/derecha) alegando la confluencia del nacionalismo (derecha) y del socialismo (izquierda), posición falsa porque una síntesis auténtica debe ser superadora, y peligrosa porque hay allí una crítica demoledora a la democracia.

Cuando Marx radiografía la sociedad de su tiempo no necesita de una complicada elaboración teórica, pues los perfiles de los grupos de entonces eran nítidos: de un lado la burguesía (autoridad/orden), del otro el proletariado (justicia/libertad). El conflicto estaba servido: a la frase burguesa «una cosa es libertad y otra libertinaje» se contestaba por los proletarios que «una cosa es la autoridad y otra el *autoridade*». La izquierda está obsesionada por el abuso de poder, la derecha por su ausencia; la primera teme a la oligarquía, origen de toda vejación, la segunda a la anarquía fin de toda convivencia social.Reducida a esquema, la burguesía (la derecha) afirmaría estas dimensiones del individuo:

- La propiedad (dimensión económica).
- La creencia en Dios (dimensión religiosa).
- La cultura (dimensión humana).

Pero lo que transforma estas afirmaciones en burguesas es precisamente la negación de su envés social, pues propiedad/Dios/cultura los quiere el burgués para sí y lo niega para los demás, cometiendo incluso la felonía de colocar como escudos protectores a propiedad/Dios/cultura cuando el proletariado ataca. Un ejemplo gráfico y trágico de esto lo encontramos en nuestra guerra civil.

2. El centro se ensancha... y es fagocitado por la derecha

Alguien podría pensar que, al hacerse más grande el centro, la derecha y la izquierda podrían quedar como fenómenos residuales. No ha sido así, sino que hoy en la sociedad primermundista lo sustantivo en el centro es la derecha y lo residual la izquierda, pues —como dice Kenichi Ohmae en su libro «El Mundo sin Fronteras»— «cuando el P.N.B. alcanza una renta per cápita de 10.000 dólares la religión deviene sector decadente y lo mismo sucede con el gobierno», frase para mí luminosa que sirve para entender el fracaso de tantos planes pastorales —por ejemplo, la catequesis en Europa— por la elemental y sencilla razón de que no se puede servir a dos señores. Por analogía —y sin caer en un reduccionismo puramente economicista— una renta per cápita de 5.000 dólares es clima adecuado para la mística izquierdista («había mística republicana cuando los republicanos morían por la República...»), pero

con una renta per cápita como la que actualmente tenemos en España —cerca de los 14.000 dólares— se ahoga el ideal izquierdista.

[Recordemos la renta más baja del planeta (100 dólares, Mozambique) y la más alta (34.000 dólares, Suiza). Por lo demás, Brasil —con 150 millones de habitantes y 5.000 dólares de renta media— tiene casi 40 millones de pobres de solemnidad].

Si identificamos izquierda con socialismo en general (científico, utópico, libertario), en la actualidad aquí se ha burocratizado, desideologizado, cosificado; se diría que no hace ya referencia a las personas, sino a las cosas; que son las personas las que deben ponerse al servicio del socialismo y no a la inversa. Así las cosas, el «consumismo» posibilitado por el nivel económico alcanzado degrada el talante revolucionario en el reformismo socialdemócrata, y de este modo termina siendo correa de transmisión no de los marginados y débiles, sino de los intereses económicos capitalistas que, generadores paradójicos de reformas, acaban ligando la práctica reformista al propio sistema que se intentaba cambiar. El socialismo equivocó su estrategia, puramente reivindicativa, y así no hubo más radicalismo que el del neocapitalismo, siendo las masas movilizadas por la ideología consumista. Las masas, y por tanto la sociedad, han devenido radicalmente conservadoras: son de derechas.

La izquierda europea no ha podido ofrecer otros modelos teóricos socialistas que el soviético y el nórdico, distintos pero conducentes a un mismo callejón sin salida.

3. Norte/Sur

Así transformada nuestra sociedad en derechista ¿no queda ya izquierda en nuestro mundo? En el Norte del mundo, del que nosotros formamos parte, no; en el Sur, sí. Eso que llamamos Norte (EE. UU., Canadá, Europa, Japón, Australia) ha concentrado casi toda la estructura productiva del planeta que hace funcionar con materias primas a bajo coste, procedente sobre todo del Sur, es decir, del resto del planeta. Y así 1.200 millones de habitantes del Norte

del planeta se aseguran el 84% de la producción bruta mundial, y más de 4.000 millones de habitantes del Sur participan con el 16%. El resultado es que un habitante del Norte dispone de una riqueza casi 20 veces más alta que la de un habitante del Sur.

La injusticia es manifiesta: la derecha (el Norte) quiere y defiende el «orden», y de vez en cuando hasta busca —sólo de palabra— un Nuevo Orden Internacional, pero la izquierda (no europea, desde luego, pues en Europa no la hay) busca desesperadamente una situación de menor «injusticia».

4. Relaciones internacionales: el imperio Nestlé

Las relaciones se organizan según la lógica del enriquecimiento de los poderosos. Cada año en el Sur miles de campesinos verán sus bosques talados, serán expulsados de sus tierras (en China se está construyendo una presa que obligará a evacuar a un millón de campesinos), habrán de buscar refugio en ciudades ya superpobladas, y habrán de emigrar hacia tierras ya desechadas por infértiles, o hacia tierras que servirán para grandes explotaciones o para nuevas minas.

¿Y quiénes se benefician? La Banca del Norte que financia dichas obras y las empresas multinacionales que las ejecutan, porque el Norte trata de usar al Sur como depósito de materia prima y de mano de obra barata, mercado de reserva y territorio para industrias contaminantes. Y como el Norte es responsable de este crimen, son los gobiernos y las empresas multinacionales quienes deciden y deben cargar con la máxima responsabilidad. Pero nosotros somos cómplices al aceptar pasivamente una estructura injusta que nos favorece.

Así pues, la izquierda deberá tener idea clara del enemigo. Un ejemplo, el imperio Nestlé. De origen suizo, es el segundo grupo alimentario del mundo. Controla 178 filiales distribuidas por todo el planeta, y más de 25 de ellas operan en España. Para gestionar su imperio, Nestlé creó dos sociedades financieras que tienen su sede no en Suiza, sino una en Panamá y

la otra en las Bahamas, porque estos países conceden exenciones fiscales y no obligan a las sociedades a publicar sus balances ni a revelar sus estructuras.

Así las cosas ¿qué puede un Estado ante estas gigantescas empresas? En algunas ocasiones muy poco; y casi siempre, nada. Y ante estos pulpos gigantes que atenazan al mundo no cabe mantenerse neutrales, porque el neutral está siempre a favor del poder establecido: «Las sociedades del Norte, seductoras, blandas, permisivas y hedonistas —dice Eduardo A. Azcuy— pagan los costes tecnológicos, pero se hallan amparadas por superEstados hegemónicos. La cultura sintética potencia el poder económico y la supremacía tecnológica. En cambio en las sociedades periféricas y dependientes —las del Sur—, desprotegidas y permeables, el mensaje heterogéneo y deconstructivo corroe la identidad, sustituye los valores y forma la indefensión».

Trasladar mecánicamente filosofías del desorden establecido a los países del Sur significa —en gran medida— alentar el pensamiento débil europeo, un pensamiento «dulce» que propicia la pérdida del sujeto personal y colectivo y avanza hacia el descompromiso social, la abolición de la historia, la neutralización de los conflictos y la disipación del imaginario autonómico.

Sea como fuere, cada vez estoy más firmemente convencido de que es en el campo de la cultura donde se va a seguir dando la gran batalla entre el Norte y el Sur. Y en estos momentos de la historia defender el Sur es el único modo de que el Norte pueda recuperarse. Si no reaccionamos a tiempo, como decía Paul Valéry, correremos el riesgo de hundirnos en una era de «barbarie científica». Debemos recuperarnos. Sólo una cultura viva, a la vez fiel a sus orígenes y en estado de creatividad en el plano del arte, la filosofía, la ciencia, la espiritualidad, será capaz de soportar el encuentro fructífero con las otras culturas y otorgar un sentido a ese encuentro: «Para tener enfrente de sí a otro distinto, es preciso tener un sí mismo», decía Paul Ricœur. Sin identidad, sin pensamiento situado, sin proyecto político, no sólo no podremos acceder a lo universal, sino que, en el mejor de los casos, seremos un conglomerado de consumidores satisfechos.

Si queremos autoidentificarnos debemos revisararnos en relación al consumo. Una persona que consume mucho es radicalmente de derechas, aunque pertenezca a una organización que se autoproclame muy de izquierdas.

Solamente darán a luz una tierra nueva, donde el lazo que una el Sur con el Norte sea la fraternidad, los hombres y mujeres que caminen «ligeros de equipaje, como los hijos de la mar».